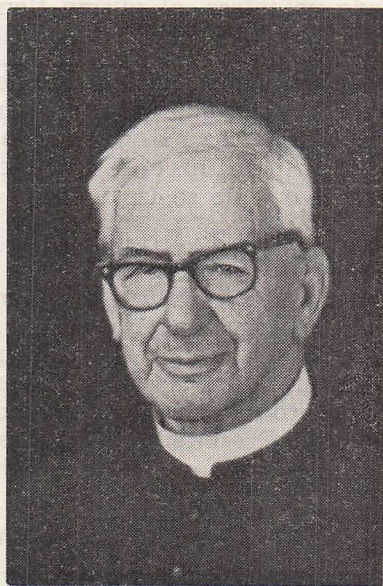


## INSPECTORIA « SAN JOSE »

URUGUAY

Montevideo, mayo de 1968



Hermanos:

El ángel del Señor, el que trae del cielo a la tierra las coronas que no terminan, bajó por tercera vez en este año a nuestra Inspección, y a depositar una en la frente ya veterana, de quien pudo cantar el "Bonum Certamen certavi".

## El P. José M. Oberti

soldado de Dios bueno y fiel, salesiano de corazón desde el principio hasta el fin, pasó a integrar la lista de aquellos que han volado a recoger al fin de la temporada el fruto de la vida eterna.

Acababa de cumplir 84 años de edad y 64 de profesión religiosa y le faltaban pocos meses para llegar a los sesenta de sacerdocio.

Nació en Casa Blanca, cerca de la ciudad de Paysandú el 7 de febrero de 1884, hijo de Juan Oberti y Luisa Cartazo, y cursó en los colegios salesianos de esa ciudad las elementales. Terminado el quinto en su querido e inolvidable colegio Don Bosco. Pasó de allí al aspirantado de Las Piedras en tiempos bien difíciles, tiempos de privaciones que había de vencer a fuerza de buena voluntad y de sobrenaturalización.

Pero en el año 1900 recibió el hábito clerical y cumplió la prueba del Noviciado, mientras, al mismo tiempo comenzaba la Filosofía.

¡Claro que eran otros tiempos! Solamente después de dos años de trienio cumplidos en el Sagrado Corazón y en los Talleres Don Bosco hizo su profesión religiosa. "Es ya tiempo de que los haga", dice, refiriéndose a los votos, al hacer a su Director el pedido para ser admitido, un pedido en que se ve un poco de nerviosidad.

Eran otros tiempos... Pero ya comienza la Teología y a recibir las órdenes. El 10 de febrero de 1907 recibe en Villa Colón la Tonsura y las cuatro menores. Eran otros tiempos... Y un año después hace su profesión perpetua, antesala del Subdiaconado que recibirá a los tres días. Ya en la inolvidable fecha del 2 de febrero de 1908 da el paso definitivo en la carrera eclesiástica. En marzo es Diácono y el 17 de enero de 1909, hace, como dijimos, casi sesenta años, recibe el Sagrado Presbiterado, en la capilla de los Talleres Don Bosco, con aquel grupo que llega casi intacto a las bodas de oro.

Son pues sesenta años de trabajo sacerdotal, pero se da en él un caso bastante poco frecuente. Fuera de dos años pasados uno en Villa Colón y otro en Don Bosco, de Paysandú, pasó su vida sacerdotal sólo en dos casas: en los Talleres Don Bosco (31 años) y en San Pedro (28 años).

Puede decirse que media vida sacerdotal en cada una de esas dos casas, aparentemente tan diferentes. Y sin embargo, parecería que para el Padre Oberti no hubiese habido diferencias.

Como fue su norma, una norma acaso inconsciente, se dedicó a su labor en cada una de ellas con un sentido de totalidad que parecía imposible, y aún dentro de los trabajos que debía ejecutar en cada casa daba la idea de que aquello era lo único que tenía que hacer y que por eso le ocupaba toda su vida.

En su estadía sacerdotal en los Talleres Don Bosco, puede decirse que fueron tres las obras que peculiarmente lo solicitaron.

La obra entre los alumnos donde fue verdaderamente famoso su curso de "Ingreso"; la obra de los exalumnos ya que fue por largos años "Consiliario" (como se decía entonces) del Centro Don Bosco y Director del "Don Bosco" (el órgano de exalumnos de la Inspección), y la atención a la feligresía de la Capilla del Asilo; y aunque las obras fueran contemporáneas, cada una de ellas creía tener por entero al Padre Oberti.

Su curso de "Ingreso": Alguien dijo que el examen de Ingreso en aquel tiempo era de tanta seriedad como sería hoy uno de Pre-



paratorios. ¡Cuántos alumnos pasaron por aquel quinto año (quinto era entonces), para recibir todo lo que el Padre Oberti daba y sobre todo, aquella lección de responsabilidad no ciertamente la de menor importancia; y aquellas lecciones de comprensión y de verdadero afecto!

Acabo de leer: “No me importa tanto que mis hijos de diez años me quieran, sino que me veneren a los treinta...”. Y esto pasa con los alumnos del Padre Oberti. Más pasa el tiempo y más crece en el concepto y en el corazón de sus alumnos.

En las palabras emocionadas pronunciadas ante su tumba el Profesor Sebastián Barreto, un exalumno también, hizo notar que de aquel curso de Ingreso habían salido un Ministro de Instrucción Pública: Pivel Devoto y el actual Presidente de la República: don Jorge Pacheco Areco.

Simultáneamente “el Asilo”: El barrio lo consideraba casi como su Cura Párroco; es que la feligresía lo era casi de verdad. La fiesta de San José; la del Huerto...

Y finalmente los exalumnos y su Don Bosco ¡Los sacrificios que le costaba el Centro Don Bosco!; y que el hecho de deber atender a todo lo de la noche no le impedía trabajar desde muy temprano, de día.

¡Con cuántos exalumnos se habrá encontrado por allá arriba! Desde luego con el Padre Gamba, el “Asistente Eclesiástico, honorario”, pero infaltable al Centro... Y su “Don Bosco”. Era una revista de exalumnos por todo lo alto; formativa e informativa. Pero el alma de ella, era el Padre Oberti, director y “pagador” de la misma que nunca falló ni en un oficio ni en el otro.

San Pedro fue el otro campo del Padre Oberti como sacerdote: Párroco, Director, Prefecto, Teniente Cura, Maestro. Las calles de la parroquia se sabían de memoria su paso lento pero firme. ¡Lo habían sentido tantas veces en 28 años!

¿En cuál casa no había entrado o por un enfermo o por un bautismo o por un matrimonio?, ¿por un duelo o por una fiesta? Y ese Colegio que corre a todo lo largo de la calle Leguizamón es obra de su tesón, de su esfuerzo, de su constancia. Sí. No era un hombre “moderno” en eso. Pero “hizo” el colegio. A base de centésimos, a base de viajes en ómnibus que se suplían yendo a pie; a base de sacrificios, quien sabe si hasta en el comer.

Garantizo la verdad de lo que sigue: Era un tiempo, muchos años ha, en que estaba solo en la Parroquia; un exalumno tuvo la corazonada de ir a visitarlo y se dijo: ¿qué le llevo? ¡un medio cordero! Y así fue. Después de los primeros cumplimientos le ofreció el regalo:

¡Oh! ¡Te iluminó el cielo...! Hoy no tenía más que pan en la despensa.

Seguramente lo que le habían dado para sus necesidades, lo había guardado para ladrillos.

Se puede decir que cayó vertiginosamente, aún cuando los últimos meses andaba ya mal. Una afección a los ojos y una depresión nerviosa que aumentaba, postraron muchos sus fuerzas y sobre todo su ánimo; el no alimentarse porque no tenía ánimo, ni apetito, contribuían a su debilitamiento; perdido en una ocasión el equilibrio, se dio un golpe en la cabeza y eso trajo una lesión cerebral que complicó aún más las cosas.

Del Sanatorio Mamá Margarita hubo que llevarlo al Sanatorio Italiano, pero ya no había nada que hacer para remendar aquel físico por demás gastado. El Padre Fagalde le había dado ya la Santa Unción, diciéndole:

—Padre Oberti, voy a darle lo que dio usted a tantos enfermos: el Sacramento especial para ese estado.

Asintió, perfectamente consciente. Así se presentó a Dios ciertamente de la mano de San Juan Bosco este salesiano de cuerpo entero.

Su entierro fue una demostración enorme de afecto.

Ya el sábado cuatro se hizo presente en la capilla ardiente el señor Presidente de la República a rendir homenaje al viejo maestro; y muchos amigos exalumnos, sobre todo advertidos por diversas radios locales, acudieron también.

Celebró la santa Misa el Rdo. Padre Inspector ante una concurrencia que llenaba la iglesia de bote a bote llegando hasta la calle.

El Padre Vicario Inspectorial dijo allí una breve oración fúnebre recordando al salesiano que había realizado como tal su sacerdocio y como ese afluir de pueblo era la mejor aceptación de ese modo de cumplir un deber sacerdotal salesiano. El féretro fue acompañado a pie hasta el Cementerio del Buceo por un conjunto grandísimo de exalumnos de todas las edades y feligreses de la Parroquia por la cual tanto había trabajado el buen sacerdote.

Ante la sepultura, un niño del Colegio de San Pedro, un representante de su A.P.A.C., el Rdo. Padre Angel Colinet por los salesianos de la Inspectoría y el Profesor Barreto por los amigos y exalumnos, hablaron del sacerdote, del maestro, del salesiano sacrificado que había llenado su vida de obras buenas.

Realmente fue una significación de reconocimiento a quien había dado su vida por un ideal; a un salesiano entero, a un sacerdote de fe.

Unámonos en sufragio por el buen Padre Oberti y para pedir al Señor más salesianos de esos que se entregan totalmente a su misión.

*P. Juan Magnabosco*  
Director